

ALGUNAS RAÍCES DEL CHIAPAS MODERNO

El 1º de enero de 1994, cuando supuestamente México debía estar celebrando su alianza económica con Canadá y Estados Unidos en el Tratado de Libre Comercio, el país fue convulsionado por un levantamiento armado en el estado de Chiapas, hecho que captó la atención no solamente de los ciudadanos mexicanos sino de la comunidad internacional. La insurrección lanzada por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) fue un movimiento revolucionario que, a pesar de ser identificado ante el público por su portavoz, el subcomandante Marcos, estaba integrado en su inmensa mayoría por mayas chiapanecos tzeltales, tzotziles, tojolab'ales y ch'oles.¹ Son muchos los factores que explican por qué se dio la rebelión, pero no es nuestro propósito repasarlos en este número especial de *Mesoamérica*.² Nuestra meta, más bien, es exponer algunas raíces históricas generadoras del descontento y sentimiento profundo de injusticia que provocaron un evento tan dramático. Con dicho fin, nuestra tarea consistió en integrar una colección

¹ Aunque los datos oficiales indican que los mayas de Chiapas constituyen el 27% de los 3 millones y medio de habitantes en el estado, representan un 70% de la población de los municipios de Altamirano, Ocosingo y Las Margaritas, región principal de operación del EZLN. Según datos de principios de la década de 1990, los mayas representaban en ese entonces casi el 90 % (166,000 de 185,000) de la población asentada fuera de las cabeceras de dichos municipios. Nótese que los datos oficiales del censo nacional, con la continua tendencia a minimizar la presencia indígena, sólo consideran "indígenas" a los mayores de 5 años de edad que hablen un idioma indígena, a la vez que convierten invariablemente a "ladinos" a las decenas de miles de mayas que se han asentado en las ciudades chiapanecas durante los últimos 20 años, inclusive a los habitantes de las nuevas colonias totalmente mayas.

² Dos estudios excelentes sobre el EZLN y la rebelión de 1994 son Neil Harvey, *La rebelión en Chiapas: la lucha por la tierra y la democracia* (México: Ediciones Era, 1998); y George A. Collier, *¡Basta! Tierra y rebelión zapatista en Chiapas* (Tuxtla Gutiérrez: UNACH, 1998).

de estudios que permitan a los lectores apreciar mejor el contexto histórico de la conflictiva actualidad chiapaneca.

Cuando Chiapas ha marchado al ritmo del tambor mexicano nunca lo ha hecho cómodamente. De hecho, durante la época colonial fue una región administrada como parte de la Audiencia de Guatemala, una entidad dispar y extendida dentro del que fuera el proyecto del imperio español, cuyo pulso emanaba desde la ciudad capital de Santiago, hoy día La Antigua Guatemala, y no desde la sede del virreinato en la Ciudad de México. Chiapas era tan distante y diferente al noroeste de dicha entidad, como Costa Rica lo era en el sureste de la misma. Ello implicó inevitablemente que las autoridades en Santiago se resignaran a aceptar el abuso sistemático del poder por parte de sus delegados en las provincias. Aunque la explotación de la tierra y mano de obra indígenas causaron resentimiento en toda Centroamérica, fue en Chiapas en 1712 que los excesos infligidos a las comunidades indígenas provocaron una amplia sublevación, lo que a su vez dio rienda suelta a represalias aún más brutales.³

La Independencia no fue la solución a la dura situación de los nativos. Una vez que Agustín de Iturbide llegó a un acuerdo con el último virrey español, los criollos de la élite en Comitán y Ciudad Real, hoy día San Cristóbal de Las Casas, solicitaron su anexión a México. Estos pensaban que, siendo parte del imperio mexicano, sus oportunidades comerciales incrementarían; intentaban además escaparse de las restricciones del Consulado de Comercio de Guatemala y creían que el ejército mexicano estaba mejor equipado para protegerlos de los levantamientos indígenas. Tras la abdicación del emperador Agustín I el 19 de marzo de 1823 y el subsiguiente colapso del imperio mexicano, los chiapanecos tuvieron que reconsiderar sus deseos de anexión a México. Sin embargo, la élite de Los Altos seguía favoreciendo la unión a México y, con la ayuda del clero y la intimidación del ejército mexicano, la facción en pro de México prevaleció en un plebiscito. Chiapas fue anexado formalmente a México el 14 de septiembre de 1824.⁴ Al jugar con la

³ Para historias amplias que abarcan desde la intrusión europea hasta la rebelión de 1994 y que incluyen bibliografías extensas, véanse Jan De Vos, *Vivir en frontera: la experiencia de los indios de Chiapas* (México: CIESAS, INI, 1994); y Juan Pedro Viqueira y Mario Humberto Ruz, editores, *Chiapas: los rumbos de otra historia* (México: UNAM, CIESAS, CEMCA, UAG, 2ª reimpresión, 2002).

⁴ Para mayores detalles sobre este periodo, al igual que una historia económica y política de Chiapas entre mediados del siglo XIX y mediados del XX, véase Thomas Benjamin, *Chiapas, tierra rica, gente pobre: historia política y social* (México: Grijalbo, 1995).

posición geográfica de Chiapas en México y respecto a Centroamérica, uno de los refranes más populares fue: “Mejor cola de león que cabeza de ratón”.

A la batalla para derrocar a España en México le siguieron conflictos internos prolongados por el control del gobierno entre conservadores y liberales. Hubo muchas diferencias entre ambas facciones, como la preferencia conservadora de mantener las instituciones que se derivaban de España y que trataban de preservar el *status quo* colonial—incluyendo una Iglesia católica poderosa—, lo que contrastaba con la preferencia liberal de crear un orden social y económico más fluido y que consideraba al progreso como algo alcanzable a través de la promoción de enlaces capitalistas con el mundo exterior. En cuanto al impacto ideológico en las costumbres indígenas, el conservadurismo representaba una continuación de la cultura de refugio forjada durante la época colonial. Por su parte, el liberalismo requería el final de los privilegios corporativos coloniales y abogaba por la asimilación indígena dentro de un estado ladino moderno con miras hacia el exterior. Las prácticas conservadoras ocasionaron cambios culturales mínimos a nivel de la comunidad, mientras que las políticas liberales debilitaron a la Iglesia y trataron de expropiar las tierras colectivas de las comunidades indígenas. Ningún bando pudo reclamar la hegemonía indiscutible sino hasta la década de 1860, cuando la autoridad liberal finalmente prevaleció, a menudo mediante el uso de prácticas autoritarias que típicamente se le atribuían al mando conservador.

Las luchas interpartidarias trajeron como consecuencia más de veinticinco transferencias de gobierno en Chiapas antes de 1850. Entre el flujo y reflujo de políticos fue constante el continuo deterioro del bienestar indígena, especialmente la pérdida de tierras. Se les confiscó a las comunidades mayas las tierras que fueron declaradas baldías o vacantes, para ser éstas otorgadas a los empresarios no indígenas que promulgaban su intención de hacerlas productivas. Después de la década de 1870, estas medidas afectaron principalmente a las regiones bajas, de tierras más féculas para el cultivo comercial destinado a la exportación. Muchas comunidades indígenas de los valles centrales y del Soconusco desaparecieron completamente durante este proceso, y las tierras de las comunidades mayas de Los Altos también fueron afectadas severamente, a excepción de las colindantes con los centros de población principales. Es en esta etapa de la historia de Chiapas que los participantes en este número empiezan a brindarnos datos específicos detallados y con matices locales, proporcionando así un fotomontaje del siglo siguiente que refleja años si no es que décadas de iniciativas personales de investigación, las que en ocasiones fueron realizadas en archivos poco conocidos y sin explotar hasta ahora.

Sarah Washbrook inicia el número con su análisis de la producción de mercancías de exportación en Pichucalco, Chilón y Palenque, en el norte de

Chiapas. Ahí, entre 1876 y 1911, durante la llamada época del porfiriato en honor al presidente y dictador Porfirio Díaz, las condiciones laborales en las monterías y fincas eran aún más insultantes y onerosas que durante la época colonial. Washbrook revela una red de complicidad y coacción que preservaba las relaciones sociales existentes a la vez que imponía otras nuevas igual de detestables. Cambiando nuestro enfoque del campo hacia la ciudad, Anna María Garza expone la realidad cotidiana de las relaciones de subordinación y resistencia que generaron contiendas entre amos y sirvientes en San Cristóbal de Las Casas durante el porfiriato. Lo hace entresacando información sobre el contexto social laboral de los registros que dejaron los jueces, licenciados y escribanos cuando las transacciones contractuales pasaban por los juzgados.

En seguida, Jan Rus lidia con el impacto de la Revolución Mexicana en los municipios de Chamula, Zinacantán y Chenalhó, contiguos a San Cristóbal. Contrariamente a la opinión popular que se tiene respecto a los mayas, Rus establece que, entre 1910 y 1925, no solamente libraron una lucha política evidente sino que lo hicieron de diversas formas que variaron considerablemente de comunidad a comunidad. Rus sostiene que la actitud indígena es el factor clave que determina desenlaces locales que van en contra de nuestros conceptos erróneos. La diversidad comunitaria también es enfatizada en el análisis que Sonia Toledo hace de la vida cotidiana en las fincas de Simojovel, donde su erudición perseverante basada en la historia oral abre todo un universo de relaciones de género. Con el relato de Stephen Lewis sobre la guerra del *posh* entre 1951 y 1954, cuando el Instituto Nacional Indigenista entró en pugna con el gobierno del estado, con algunos representantes comunitarios y con el monopolio del alcohol de Hernán y Moctezuma Pedrero, observamos nuevamente escenarios de intriga y complejidad local.

Tras cinco discusiones en las que los protagonistas eran indígenas y ladinos, Andrés Aubry nos recuerda que los negros también desempeñaron su papel en Chiapas, antes de que fueran asimilados y dejaran de existir como grupo visible con el paso del siglo XIX. A la vez que desaparecía una evidente presencia negra en la sociedad chiapaneca, también disminuía el poder de la Iglesia, que fue truncado con la aplicación de las leyes de Reforma por los gobiernos liberales a partir de la década de 1850. Sin embargo, la investigación de María Dolores Palomo muestra que la legislación anticlerical tuvo poco impacto en las cofradías indígenas, las que siguieron funcionando en sus comunidades en forma tan vital como anteriormente. Pilar Sanchiz Ochoa remata esta exposición de investigaciones recientes al señalar nos las estrategias de sobrevivencia que emplean hoy día las mujeres jefas de hogar en los nuevos barrios pobres de los alrededores de San Cristóbal de Las Casas, que en su mayoría son asentamientos donde residen las personas desplazadas por motivos religiosos y económicos o por la rebelión de 1994 y la represión subsiguiente.

Cerramos nuestra discusión sobre Chiapas con dos escritos finales. Si los estudios de Washbrook, Garza, Rus, Aubry y Palomo ilustran la existencia de fuentes valiosas para investigar y escribir respecto al siglo XIX y principios del XX, Justus Fenner enuncia categóricamente dónde se pueden localizar dichas fuentes. Su inventario, fuente de inspiración que refleja una pasión por conocer el pasado chiapaneco, servirá de guía indispensable para los académicos especialistas en Chiapas. Finalmente, Jan De Vos, quien ha contribuido continuamente desde hace tres décadas a este campo de estudios, nos brinda un ensayo donde expone que, a partir de Bartolomé de Las Casas, se ha idealizado a los indígenas de Chiapas de una manera que frecuentemente tiene tanto que ver con intereses personales propios, ya sean políticos o de otra índole, como con las prioridades indígenas. Ilustra su tesis con tres ejemplos que abarcan el siglo XX, desde la década de 1920 con el recluso B. Traven hasta la de 1990 con el atinado manejador de los medios de difusión, el subcomandante Marcos. Las opiniones y observaciones de quienes son ajenos a los mayas de Chiapas van y vienen, mientras que los mayas mismos perduran.

Para realizar este número de *Mesoamérica* contamos con la valiosa ayuda de muchas personas, entre quienes podemos mencionar a Jacob Rus, Leticia Agudo, José Manuel Peña Girón, María Eugenia Montes de Oca Luján de Heyman y Juan Marchena Fernández. La amplia sección de reseñas de libros que aquí incluimos, donde se someten a examen 20 títulos sobre México y Centroamérica, se logró gracias al trabajo diligente de Jorge H. González Alzate. Esta obra es el resultado de una colaboración internacional de casi tres años de duración y de un esfuerzo colectivo, desafiante y estimulante. Esperamos que brinde a nuestros lectores la oportunidad de profundizar su conocimiento de una región mesoamericana cuyo pasado sigue repercutiendo en su presente.

ARMANDO J. ALFONZO UTRILLA
Plumsock Mesoamerican Studies
S. Woodstock, Vermont, EE. UU.

W. GEORGE LOVELL
Queen's University
Kingston, Ontario, Canadá

STEPHEN E. LEWIS
California State University
Chico, California, EE. UU.

JAN RUS
Center for US-Mexican Studies / INAREMAC
San Diego, California, EE. UU. / San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México